
Martínez Assad, Carlos (ed.). *La ciudad cosmopolita de los inmigrantes*. México D.F: Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades, Centro Histórico de la Ciudad de México, Gobierno del Distrito Federal, 2012, tomo 1 de 414 páginas, tomo 2 de 400 páginas
Rodrigo Cánovas
Pp. 259 a 265

Martínez Assad, Carlos (ed.). *La ciudad cosmopolita de los inmigrantes*.
México D.F: Secretaría de Desarrollo Rural y
Equidad para las Comunidades, Centro Histórico de la Ciudad
de México, Gobierno del Distrito Federal, 2012, tomo 1 de 414
páginas, tomo 2 de 400 páginas.

Rodrigo Cánovas (*)

Teniendo en cuenta que en la actualidad cerca de 200 millones de personas viven en un lugar diferente al de su nacimiento y más aún, que América cambia su fisonomía desde los múltiples flujos migracionales que la atraviesan desde fines del siglo XIX; es sorprendente que existen escasas reflexiones sobre la historia de nuestras repúblicas desde esos márgenes de la identidad migratoria. Nos referimos a una reflexión radical, que defina una nación desde su revés, sus raíces al aire, desde las microculturas que la componen.

En los avatares de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2012, ha llegado a mis manos un libro compilado por el prestigioso historiador y ensayista Carlos Martínez Assad que justamente emprende el desafío de recrear la imagen de México y en especial de su ciudad capital desde la diversidad de sus grupos inmigrantes. Y conste que México –a diferencia de Estados Unidos, Canadá, Argentina y Brasil– no es un país de inmigrantes. Leyendo este libro –de dos tomos de formato grande, de alrededor de 800 páginas en total, que incluye un registro fotográfico en libre diálogo con la letra impresa–, se entiende que la exhibición de este tipo de diversidad apunta implícitamente a hacer lateralmente también más visible a los pueblos originarios, logrando con ello poner en crisis la noción de una nación

* Facultad de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile. Correo electrónico: rcanovas@uc.cl

armoniosamente mestiza, de una identidad peligrosamente homogénea, cerrada sobre sí misma.

Martínez Assad expone así el objetivo de la compilación: “fue concebido más en la búsqueda de las raíces culturales y los impactos causados por los grupos que en diferentes épocas inmigraron en México, las razones por las que abandonaron sus lugares de nacimiento y cómo se establecieron en la ciudad capital, después de su periplo desde su entrada al país, marcando su devenir con algunas de sus características” (I: 11). Para ello, convoca a 27 colaboradores del amplio espectro de las Ciencias Humanas, componiéndose una cartografía migrante del país mexicano, destacando el carácter cosmopolita de su capital, México Distrito Federal (una ciudad que contiene el nombre del país).

El carácter innovador de esta cartografía aparece en su raíz desde la confección del Índice. Los inmigrantes son convocados por su país de proveniencia (por ejemplo, estadounidenses, griegos, chinos, colombianos, guatemaltecos, chilenos, cubanos); pero también por su religión, con sus respectivas diferencias étnicas, de lengua y tradición (judíos sirio-libaneses, judíos sefarditas, judíos ashkenazitas); y también por pueblos (gitanos, y de un modo más implícito, la comunidad helénica); por países y sus lazos de parentesco exhibidos en el lugar de llegada (un capítulo dedicado a británicos y estadounidenses, juntos); y en un caso emblemático, por la distinción de distintas oleadas migratorias desde un solo país (dos capítulos separados, dedicados a los españoles: los *gachupines* de inicios del siglo XX y los refugiados de la guerra civil).

En breve, una cartografía que desborda las imágenes nacionales, un índice que sigue el orden del caleidoscopio, que nos permite registrar migraciones de pueblos, religiones, etnias y lenguas; amén de evocar todos los mapas superpuestos de la modernidad, atravesada por guerras imperiales. Pues con el relato de la venida de gentes de muy diversos lugares, sabemos la razón de su partida (los coreanos llegando a las costas americanas luego de la anexión de Corea al imperio de Japón en 1910), las vecindades odiosas (las invasiones de Estados Unidos), las hermandades cultivadas al ritmo del danzón (Yucatán, Veracruz y Cuba conformando una cultura regional), las redes de parentesco precolombinas, con relatos míticos doblados (Quetzalcoatl y Bochicha, amarrando en el presente a mexicanos y

colombianos). Es la memoria histórica condensada en espacios nacionales (en este caso, México D.F.), donde barrios, esculturas, iglesias de distinto credo y múltiples sonos sedimentan un flujo vital, lo humano.

La Ciudad de México se presenta como un modelo reducido del mundo y sus posibilidades; una *zona de contacto*: “un espacio social donde distintas culturas se encuentran, chocan y forcejean entre sí, condicionándose unas a otras hasta crear nuevas realidades materiales y simbólicas” (I: 182). Una ciudad cosmopolita, no contraria a lo provinciano sino a lo mononacionalista (al decir de Carlos Monsivais). Y paradójicamente, también una ciudad donde el sujeto inmigrante siente su condición extranjera: “Y es que en México parecería que la condición de extranjería nunca se cura, así pasen tres generaciones y entonces un descendiente de inmigrantes seguirá siendo siempre ‘el judío’ o ‘el japonés’ o ‘el argentino’ y hay quien considera que están ‘étnicamente imposibilitados para ejercer el patriotismo’ ” (II: 385).

Por ello, es relevante volver a marcar en la capital mexicana los relieves, objetos y discursos que la transforman: la estatua de El Ángel, emblemática escultura de la Victoria alada en el Paseo Reforma, confeccionada por artífices italianos (que también diseñaron el hoy llamado Palacio de Bellas Artes, que alberga al gran muralismo mexicano); San Charbel y sus milagros, santo maronita adorado por el pueblo mexicano, traído en su alforjas por libaneses que huían de la represión otomana; el cine ambulante de los húngaros, los diversos barrios animados e identificados con judíos, coreanos y muy recientemente, los enclaves protectores para los exiliados del Cono Sur; para no mencionar el legado editorial de los intelectuales españoles (Fondo de Cultura Económica, Era, Grijalbo), que nos otorgaron una verdadera biblioteca americana con su traducción del pensamiento humanista de la modernidad, que se divulgó en librerías también sostenidas por estos exiliados.

Considero este libro un modelo a seguir para el estudio de las ciudades americanas. Pienso por ejemplo en Santiago de Chile, que en los últimos 20 años ha ido cambiando de rostro por la inmigración creciente de gentes de diversos países (peruanos, colombianos, coreanos, hindúes) y de refugiados palestinos. Nuestra Plaza de Armas es la casa de los peruanos, que se colocan todas las mañanas junto

a los muros de la Catedral, a la espera del ofrecimiento de trabajos en el área de la construcción; el antiguo barrio de Patronato, identificado con las tiendas de ropas de los árabes, aparece ocupado por los coreanos y a su vez los hindúes se han instalado con sus telas e infusiones en los mercados aledaños a la Estación Central. Los restaurantes peruanos se ramifican infinitamente y las mujeres andinas entran al hogar chileno en calidad de nanas, generando cambios (imperceptibles).

No se crea, sin embargo, que en Chile no haya habido una población inmigrante flotante en su capital. Baste aquí traer a la memoria el antiguo testimonio del sirio Benedicto Chuaqui, quien relata sus peripecias como vendedor ambulante en los barrios y plazas populares durante el Centenario de la República, en amistad con gallegos, vascos, madrileños y muchos de sus *paisanos*, compartiendo en la calle con el resto de la plebe chilena. En fin, recientes censos han puesto al descubierto que la gran mayoría de la población de origen mapuche vive en Santiago y principalmente, en una de sus comunas más modestas, Huechuraba, habiendo emigrado de las tierras y pueblos sureños de Chile. Grupos migrantes –desde fuera, desde dentro, extranjeros y nativos– legitiman una pregunta reprimida: la de una proveniencia que no excluye ni elige genealogías.

El despliegue de las voces inmigrantes en México (que asombrosamente concierne otro despliegue: el de las voces de los pueblos originarios) eclipsa nociones esencialistas de identidad cultural, permitiendo la elaboración diaria de un espacio dialógico, que por cierto puede ser contrahecho, fisurado, pero igualmente trascendente: el binacionalismo de los mexicanos que partieron al Norte (pero que vuelven a celebrar las festividades familiares y patrióticas), el *transtierro* de los refugiados españoles, la vivencia de ser otro en ambos países (los *argenmex*), el sentimiento de sentirse *huacho*, solo y sin redes sociales. Ahora bien, estas posiciones identitarias bien se pueden extender a los *naturales mexicanos* (o *naturales* de cualquier país): el sentirse fuera de lugar, las exclusiones de clase, etnia y religión, los desplazamientos del campo a la ciudad y hasta un simple cambio de barrio en la gran capital.

En realidad, es el miedo a la mirada del otro, nuestros propios prejuicios, lo que nos hace refugiarnos en lo homogéneo y en la desconfianza hacia lo diferente. Vividos de modo absoluto, la identidad religiosa (América católica), el mestizaje americano

(la mezcla armoniosa y contenida de colores), la hispanofilia y la hispanofobia son algunos de los términos negativos de una serie cultural demasiado marcada por la descalificación durante el siglo XX.

Es necesario también destacar brevemente la exhibición de los distintos exilios a los cuales acoge México y particularmente su Distrito Federal (en distintas décadas: españoles, centroamericanos, del Cono Sur). Acaso una historia cultural latinoamericana sea inconcebible sin ese espacio de fortuna e infortunio que es supuestamente ajeno al natural. Desde la experiencia del exilio chileno reciente, se puede concebir varias actitudes culturales: aquel sujeto seducido para siempre por otros lugares (el trópico venezolano, la gélida Suecia); aquel que regresa, obligado a ver un espacio transformado (que no vio aparecer, pues estuvo ausente), pero que también lo ilumina con otra mirada, lo combina con otros sabores y aromas. Y finalmente, aquél que transita entre dos (o más) espacios, que va y viene, acaso atrapado por un sentimiento de orfandad primordial.

Libro enciclopédico, que permite entender la historia americana como un encuentro con las diásporas que genera compulsivamente el orden colonial y postcolonial moderno. En sus 27 entradas recorreremos el mapa *mundi*, revisitando sus cambiantes asentamientos y proyectos. Así aprendemos por ejemplo que: “[Durante el siglo XX] los inmigrantes de Monte Líbano conocieron varias identidades, pasaron de ser maronitas y súbditos del Imperio Otomano, protegidos por el Mandato francés, independientes, árabes y finalmente libaneses” (I: 99). A la vuelta del siglo, desde el punto de llegada, México, los descendientes de esos inmigrantes de la zona del Levante —es el caso del editor del libro, de madre libanesa— retoman sus raíces desde la experiencia de una inmigración exitosa, enunciando una identidad mexicana-libanesa, haciendo navegar las naves fenicias en los mares y lagos mexicanos.

Existe una rica y vasta información sobre todos los grupos inmigrantes, sin excepción. Siendo las dos emigraciones más importantes en número la estadounidense y la española, queremos dar noticias breves sobre esta experiencia, que exhiben las dificultades de todo diálogo cultural. Teniendo en cuenta las pérdidas territoriales (Texas, Nuevo México y Alta California) e invasiones no tan lejanas (1846-1848, 1914 y 1916), amén de su poderío imperial; las relaciones con los estadounidenses

son de *acomodo*, por razones pragmáticas, que permiten que fluya el intercambio de bienes y servicios, de personas, de relaciones y afectos. Y por supuesto, una relación *enredada*, con dobleces: “se trata también de una relación ambigua en la que, junto a la admiración por el estilo de vida y la cultura de esa país, se privilegia la lectura del conflicto en cualquier interacción y se califica de entreguista a quien no comparte esa manera de ver las cosas” (II: 372)

De los españoles, se presenta primero a los inmigrantes de inicios del siglo XX (conocidos con el nombre peyorativo de *gachupines*), de gran visibilidad en una de las novelas emblemáticas mexicanas –*Santa* (1904), de Federico Gamboa–, donde aparecen como un grupo de gran sociabilidad, aficionado a los toros, al teatro y a la vida nocturna. La supuesta complicidad de muchos de sus comerciantes con la contrarrevolución, junto al anticlericalismo y la hispanofobia en los años '20 y '30, hacen que muchos retornen a su país de origen. Por su parte los españoles que llegan al final de la guerra civil (alrededor de 20.000 refugiados, provenientes en su mayoría de Francia) se distancian de los primeros inmigrantes, estableciendo claramente un Nosotros frente a un Ellos. Este grupo más letrado realizó un inmenso aporte cultural, en la producción y difusión del conocimiento. A pesar de querer diferenciarse, el pueblo mexicano tendió a no hacer muchos distinguos entre estos dos grupos y como consta en la vasta literatura de *transtierro*, junto a la cordialidad, tuvieron estos refugiados también que soportar la sombra de ser los descendientes de Cortés.

Quiero finalmente referirme a los modos de hacer Historia en esta compilación. Como bien lo indica Sara Sefchovic en un texto que cierra el libro, donde comenta las metodologías de trabajo de los colaboradores: “Algunos describen, otros interpretan y teorizan, hay quienes presentan cuadros y cifras y quienes recogen testimonios, quienes manejan el conjunto y quienes se mueven a sus anchas en el caso individual, quienes disponen de archivos y fotografías y estudios anteriores en los cuales apoyarse y quienes no cuentan con nada, ni siquiera con censos confiables, no se diga con documentos” (II: 391). Entonces, también un libro que contiene una reflexión sobre los modos de producción de la verdad histórica, dándose cabida tanto al dato de archivo como al testimonio, entendiendo los hechos no sólo como las cosas que ocurren, sino también abriéndose a lo que podría haber sucedido.

Es el relato de los orígenes teniendo presente un proyecto colectivo que se vive en la actualidad y que se resuelve en el porvenir. Al decir de los gramáticos, la conjugación verbal de la Historia desde el tiempo del Presente Perfecto: *He sido* americano, es decir, en un tiempo lo fui; sigo siéndolo en el presente (aunque de otro modo), con latencia futura. La constitución del sujeto en el fluir del tiempo.